

DE CRISTAL

Marina Cañizares Funes

HELENA

Helena tenía pocos vicios. Le gustaban las granadas maduras y las prendas de seda, la artesanía de plata pura y los secretos. Y de vez en cuando, se permitía una copa de vino de invierno, siempre con moderación. Por eso aquella mañana de otoño le sorprendió despertar con resaca. Era una sensación fluctuante y desagradable, como si tuviese un pie en tierra firme y el otro sobre la cresta de una ola suave.

Hizo memoria. Intentó recordar a qué se debía el que su cerebro estuviese oscilando, como mecido en ginebra fría y limón, pero no recordaba haber bebido la noche anterior. Se desenredó de la seda y la franela de su cama, y logró llegar a la cocina para prepararse un café doble y tomarse alguna pastilla que la anclara a tierra. No encontró ninguna adecuada, ya que, por lo general, siempre había gozado de buena salud. Ella misma se jactaba cada viernes en sus clases de música, de tener la salud de un sauce milenario. Tenía ochenta y tres años, y había vivido más de ochenta y tres vidas. Pero aún con todo lo que había vivido, esa sensación era nueva. Le molestaba.

El café pareció calmar el vértigo, y decidió que aquella mañana descansaría. A las once, con puntualidad obscena, llegó Maed para limpiar la casa. Maed era educada, esbelta y tenía una mirada gris que a veces parecía piedra y a veces humo. Había adoptado una versión rota de su lengua, después de varios años viviendo en España, pero aun así solía trabajar callada. A Helena le gustaba su discreción, su presencia casi feérica y su belleza ausente, pero aquella mañana hubiera preferido una voz al silencio, algo que tranquilizara su mente agitada.

Cuando Maed se fue, la situación no hizo más que empeorar. Helena había estado a punto de pedirle a la chiquilla que la acompañara al hospital en varias ocasiones, pero aquello hubiera sido una extralimitación de sus funciones. Maed no la debía más que para lo que la Comunidad le pagaba, que era limpiar su piso. De modo que decidió que iría sola. Cogió su pequeño bolso de satén, del color del vino oscuro y pintó sus labios de un profundo color terciopelo. Helena podría salir mareada a la calle, pero no saldría sin su carmín.

Mientras bajaba por las escaleras de su casa, bien agarrada a la barandilla de piedra, se cruzó con David. Su vecino del tercero B, un joven al que había visto crecer. Desde que tenía dientes de leche, le había abierto las puertas de su casa para enseñarle piano, le había dado refugio cuando quería esconderse de sus hermanos o curar sus antebrazos. Tenía más corazón que cabeza y eso no le traía más que pesadillas, pero nunca se enderezaba por mucho que Helena le regañara. Ella había visto su rostro y su cuerpo crecer y cubrirse de las huellas del tiempo y el dolor. De vez en cuando veía gestos y expresiones nuevos en él, y era extrañamente reconfortante. Descubrir nuevos registros en el chico era como descubrir colores nuevos en una paleta que pensabas conocer de memoria. Era descubrir algo escondido en una vida de la que se sabía todos los detalles. Sin embargo, aquella expresión que formó al mirarla no le gustó en absoluto.

Era preocupación.

—Helena, ¿qué ha pasado? —preguntó, con una voz a medio camino entre la duda y el pánico.

Helena no lo entendió. No entendió el miedo en las pupilas de David, no entendió el olor que inundó repentinamente sus fosas nasales, una mezcla entre miel cruda y llamas recién prendidas. Inmediatamente le sobrevino un nuevo vértigo, más intenso que el leve mareo que había sentido hasta el momento. Ya no tenía un pie en tierra y otro en mar, de golpe

una ola oscura barrió su cuerpo y la arrojó al suelo. David la sostuvo como pudo y ella sintió sus extremidades blandas como mantequilla cediendo a un cuchillo afilado, mucho más débiles que las de él, colándose entre sus bordes. Al caer, pudo verse reflejada en el pequeño cristal que se extendía bajo la baranda. Su rostro estaba blanco como el vientre de una anguila, sus facciones torcidas en ángulos antinaturales. Y su precioso carmín, que había aplicado innumerables veces sin necesidad de mirarse al espejo, trazaba la forma de unos labios, pero estaba dibujado en su mejilla.

SIENNA

Sienna había ido a trabajar porque al parecer un corazón roto no pesaba lo suficiente como para que te dieran la baja. Podría haber insistido, pero en realidad la perspectiva de una guardia nocturna era casi más alentadora que la idea de quedarse sola en una casa vacía que hasta ahora había sido compartida. Así que se había recogido el pelo, había dejado el corazón roto en la encimera de la cocina y había cogido un autobús hasta el hospital. Su compañera le dio el parte, dando breves pinceladas de los pacientes que estaban ingresados aquella noche. Sienna escuchó a medias, trabajó a medias, sintió a medias. Su mente se enfocaba en detalles aleatorios de los que conformaban el paisaje de la planta de hospital, como la viscosidad del suero, el dulzor pegajoso de los narcisos que algún familiar había dejado en una mesilla, los surcos de dolor en las frentes de las dos señoras que dormitaban en la unidad de Ictus. Cualquier cosa que la distrajera del agujero de bordes lechosos que rezumaba en su pecho.

A media noche se preparó un té. Aspiró el humo caliente y cítrico y miró a su alrededor. La sala estaba en semi penumbra, pero Sienna siempre había tenido cierta afinidad con la oscuridad. Todo lo que acogiese la noche le gustaba, los terrores nocturnos siempre eran más amables que los que desfilaban a plena de luz del día. Miró a las dos

pacientes, que habían ingresado el mismo día. Las dos estaban solas y, a la vez, dolorosamente unidas en una realidad terrible. Deberían estar más cerca, poder rozarse las manos. Pero tal como estaban colocadas, hemiplejía izquierda junto a hemiplejía derecha, no podían extender sus brazos para entrelazar los dedos. Así que permanecían en silencio, sin mover carne ni tendones, porque sus cerebros debían reaprender como hacerlo. Se debían conformar con compartir silencio y entrelazar alientos. Y Sienna las miraba desde el control de enfermería, tan inmóvil como ellas, sin ser capaz tampoco de mover ni una falange. Era mejor contemplarlas a ellas que arañar recuerdos como quién araña un hematoma, comprobando si dolía.

DAIRA

Antes del ictus, Daira podía aguantar la respiración tres minutos bajo el agua, localizar en el cielo más de cien constelaciones, preparar una crema de pistachos francamente perfecta y podía reparar casi cualquier cosa. Después del ictus, no podía ni pedir a su compañera de habitación que dejase de cantar esas absurdas canciones obscenas. Su lengua no cooperaba, no siempre. Así que tenía que soportar a Helena cantando, a Helena llorando, a Helena quejándose, a Helena ocupando espacio a su alrededor. En otro momento de su vida, podía haberla tolerado mejor. Parecía de esas personas que giraban el mundo entre sus dedos para que sus facetas reflejasen su luz. Envidiaba su forma de mirar, porque Helena veía luces donde Daira veía carne de una blandura malsana, podrida.

Daira apenas soportaba el roce de su piel con las sábanas. Se plegaba en sí misma, como el metal más frágil fundiéndose al rojo vivo y esperaba que pasara el tiempo, que volviera su voz. Por si fuera poco, la enfermera flacucha de lengua afilada y mirada triste, había girado la cama de Helena para que quedaran frente a frente. Habría incumplido unos

diez protocolos para ello, pero Helena estaba encantada. Así podía darle la mano a Daira cuando no podía dormir. La mano de Helena era cálida, su piel era suave como la cera y fría como el mármol vetado. Parecía una mano que no había trabajado nunca, que no había amado nunca, libre como estaba de callos o metal. Seguro que había historias detrás de esa mano, pero Daira no preguntó por ellas. Se limitaba a dejarse agarrar.

Por el día las dos empezaron a trabajar en su recuperación. Las bajaban a la sala de fisioterapia, donde Daira aprendía con una joven inflexible llamada Gemma, como las expresiones toman forma en el rostro, como se ondulan las palabras en la lengua, como se resbalan, húmedas, por la garganta. Y Helena aprendía mientras tanto la arquitectura de la marcha. El fisioterapeuta de Helena se llamaba Leo, era corpulento, sonriente hasta el absurdo y, a veces, parecía el marionetista de la mujer, cuando la llevaba a caminar o a bailar por la sala. Los dos competían siempre por quién sabía más palabras malsonantes y canciones de prostíbulo. A Helena le encantaba, claro, pero Daira no le aguantaba.

De nuevo en su cuarto, Daira consiguió tras varias sesiones de fisio y logopedia mandar callar a Helena, aunque sentía sus palabras duras, chocándose contra sus dientes sin elegancia. Helena solo se reía y le hacía una peineta, pero siempre volvía por la noche a buscar su mano. Daira no la soportaba. Pero, por alguna razón, cuando a Helena le dieron de alta de la unidad para trasladarla a otra habitación, Daira se sintió más sola que nunca sin agarrar la mano de cera de la mujer con garganta de marinero.

DAVID

David ingirió lo que quedaba de su copa. Era una bebida fuerte, de esas que cuando las tragas intentan salir por donde han entrado. A su estómago le llevó un par de minutos encajar el alcohol y la tristeza. Después se encaminó al hospital. La historia de David es la más difícil de contar, porque es honda como un pozo y fluctúa como aceite en el mar.

Es una historia de sal en costras, saliva y mal humor, de pasiones demasiado grandes para su pecho estrecho. Y la herida más reciente que merezca ser narrada, fue la que se abrió cuando vio a Helena desplomarse frente a él. Por eso bebía esos días o al menos eso se decía él, que había que desinfectar ese nuevo corte. Ojalá alguien le hubiera dicho que el alcohol no es la mejor forma de sanar un alma que sangra. Había ido desde entonces cada noche al hospital, quedándose en la sala de espera, sin atreverse a cruzar una palabra o una mirada con Helena. Pero se quedaba cerca de donde ella dormía, preparado por si tenía que volver a sostener su cuerpo, todos sus ángulos y sus precipicios. Igual que ella había estado siempre preparada para sostenerle a él.

—No está aquí —la voz de Sienna. Los ojos absurdamente tristes de Sienna, y luego su cuerpo ocupando todo el espacio frente a él.

David se levantó.

—¿Le han dado el alta?

—Ahora está en otra planta.

David ladeó la cabeza. Sienna había estado allí casi todas las noches, viviendo su propio duelo. Ojalá hubiesen compartido sus rotos, pero como mucho se saludaban y se permitían mutuamente lamer sus costras en la intimidad de las noches de hospital. David no sabía que Sienna hacía una excepción con él al dejarle quedarse. Sienna no sabía que David estaba deseando que ella le preguntara por qué no se atrevía a ver a Helena.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó entonces ella.

—No, yo... —David dudó. Cómo le explicaba a una extraña que le asustaba la enfermedad. Que le asustaba la muerte y la extrañeza en los ojos de la gente que había tonteado con ella. Conocía ese vacío glaseado y profundo en los iris. Lo conocía de sobra porque lo había visto muchas veces al contemplar su propio reflejo y no quería verlo en los ojos de vidrio oscuro de Helena.

—Está estable —dijo Sienna, apartando sus pensamientos como quién aparta la mano de un carterista. Era un don que tenía la enfermera, cuando te hablaba solo la oías a ella-. Está mejor, ha sido muy valiente estos días. No te va a morder si te acercas, creo. Bueno —añadió con una sonrisa-, a lo mejor sí.

Estable, valiente. Esas eran palabras pasivas, demasiado pálidas para describir lo que ella era.

—Sí —dijo David—. Sí quiero verla. Pero mañana.

Sienna no preguntó, nunca lo hacía. Sin embargo, al día siguiente estuvo dispuesta a acompañarle a la habitación de Helena. Y David fue hacia ella sin una gota de alcohol en la sangre, con una bolsa de papel a reventar de granadas maduras y un aleteo en las tripas. Y cuando se acercó a Helena, se inclinó sobre ella, esperando el mordisco. Pero en vez de llamarle cobarde, Helena le obligó a sentarse y compartir con ella una granada.

Ninguno lloró. No hizo falta. Los dos parecía que acababan de salir de una pelea que habían perdido. Pero en ese momento, en ese lugar, se tenían.

PAUL

Paul había tenido un buen día. Los días anteriores había helado y las calles estaban cubiertas de un sucio y tozudo merengue de escarcha. Pero aquel martes hacía sol, los árboles habían empezado a sudar el hielo y se olía la primavera acechando entre las ráfagas frías. Paul era alto, fuerte, y llevaba el pelo teñido de azul, a juego con las venas que se marcaban en sus brazos, como cables de alta tensión. Iba siempre dos pensamientos por delante de ti, y tres pasos por detrás. Estaba esperando a que tramitaran su visado para irse a vivir a Kyoto, pero por el momento trabajaba en Madrid, en una perfumería de barrio. Desempaquetado los nuevos pedidos, vio una barra de labios de Dior. Era la que siempre venía a buscar Helena, una cliente habitual de la perfumería, que fingía probar

siempre la misma colonia de marca para no comprársela, y que gastaba barras de carmín más rápido que filos de cuchillos. Paul le había recomendado otros colores que irían mejor con su tono de piel oliva, pero ella se empeñaba en aquel granate aterciopelado. Hacía tiempo que no venía a buscar su color, pero Paul seguía pensando en la mujer cada vez que colocaba las barras de elegante envoltorio.

Separó una, reservándola para cuando ella volviera. Cuando acabó de reponer las estanterías volvió a la caja, y una voz ronca y sin frenos le preguntó:

—¿Es que aún sigues en esta maldita tienda?

Y la sonrisa se había abierto en la boca de Paul antes de levantar la vista y ver a Helena. Necesitó tres respiraciones para reponerse de la sorpresa. Iba agarrada a dos muletas, había adelgazado y su cara tenía una ligera asimetría que antes no existía. Su mirada estaba bordeada de nuevas arrugas, y su sonrisa tenía un dolor nuevo, abierta en su piel de forma torcida. Paul tomó esa imagen desordenada, y la utilizó para sustituir la imagen previa que tenía de Helena. Y luego se fijó en el detalle más fuera de lugar de su cliente favorita:

—No llevas pintados los labios.

Helena golpeó el suelo con una de sus muletas y preguntó:

—¿A qué coño crees que he venido? —y en seguida añadió—: Pensaba que ya no estarías, que te habías ido ya a China.

—A Japón.

—Eso.

Paul suspiró, conteniendo la risa. Y abrió con cuidado un cajón metálico que había bajo el mostrador. Cogió uno de los cinco pintalabios que había ido retirando los cinco meses en los que Helena había faltado, y se lo tendió fingiendo molestia:

—¿Y quién te hubiese guardado tu pintalabios?

Helena se rio. Y pese al nuevo espesor de sus gestos y la asimetría extraña de su risa, Paul se dio cuenta de que era un sonido que todavía era capaz de hacer su día mejor.

MAED

Maed había ido a limpiar la casa de Helena, dos veces a la semana, durante todos aquellos meses. El dinero había seguido llegando a su cuenta bancaria, como parte que ella era de los servicios sociales de ayuda a mayores, de modo que ella había seguido acudiendo a limpiar la casa. Maed tenía un corazón henchido por el viento, unas manos fuertes y una sonrisa frágil. Y notaba la falta de Helena porque su ausencia era tan atronadora como su presencia. Por eso, el día que Helena volvió a casa, Maed ya había recitado en su cabeza más de un centenar de veces las palabras que quería decir. Había tenido que averiguar cómo decir aquello correctamente en español y había repetido las palabras en voz alta hasta que pudo moldear correctamente las aristas de aquella frase. Había sido su mantra y todos los ángulos de la casa habían sido su eco. Por eso, aquella mañana que abrió la puerta y vio a Helena sentada en su sillón, se acercó a ella con velocidad y sin cerrar la puerta. Y aquella versión fragmentada y nueva de Helena, y a la vez terriblemente familiar, le dio la bienvenida. Y Maed, al precipicio de un llanto furioso, dijo aquellas palabras que había estado practicando:

—Helena. Yo la quiero. Déjeme cuidar de usted, la puedo ayudar mejor. Quiero que vuelva a estar bien.

La sorpresa cruzó las facciones de Helena, y luego otras muchas cosas, algunas de las cuales Maed aún no sabía leer. Como si estuviese hecha de cristal, Maed pudo ver los pensamientos de Helena formarse, de la misma forma errática y bulbosa en la que se forman las burbujas efervescentes de un baño ardiente. Vio las dudas, la resistencia a la realidad de ser alguien que necesitaba dejarse ayudar. Vio el caos y el orden de sus

pensamientos, cayendo en cascada por sus mejillas, en forma de gruesas lágrimas espesas, diseñadas para ser vistas. Y vio cuando ella cedió a las nuevas necesidades de su cuerpo, como la cuajada helada cede al paso de un filo.

—Vale —susurró con un hilo de voz. La misma voz que decía palabrotas y con la que la había enseñado los cimientos de su idioma—. Necesito que me acompañes al baño.

HELENA

Helena tenía pocos vicios. Le gustaban las granadas maduras y las prendas de seda, la artesanía de plata pura y los secretos. Y había nuevos secretos en los pliegues de su piel. No creía que fuera a revelar ninguno, le gustaba atesorarlos, darles forma como se moldea la arcilla húmeda y sostenerlos entre las yemas de sus dedos.

El primero, era que lo que más valoraba de todo lo que había hecho Sienna por ella, no fueron sus cuidados, sino el acto de girar su cama para que pudiese alcanzar a Daira. El segundo, es que sabía que a Daira le molestaba la música que ella cantaba, pero que le molestaba aún más el ruido del silencio. El tercero, era que siempre estaría agradecida con Leo, no solo por haber sido el artífice de aquella nueva marcha quebrada pero funcional, sino por haber puesto de nuevo música a su vida. El cuarto secreto, era que siempre odiaría a David por todas las noches de cobardía en las que no fue a verla, pero siempre le amaría por la noche de valentía en la que sí fue. El quinto secreto... Aquel llanto al volver a casa después de que Paul insistiera en maquillarla cuando fue a su tienda. Porque al mirarse al espejo, volvía a ser ella. Y el último bailaba siempre entre sus comisuras cada vez que sonreía a Maed después de que la ayudara.

Porque eso era lo más revolucionario que una persona podía hacer.

Cuidar y dejarse cuidar.